

Morir de éxito: el feminismo en la encrucijada

Juana Gallego

Profesora en la Facultad de CC.CC. de la UAB.
Especialista en género y comunicación.

NUNCA SE HABÍA HABLADO TANTO DE feminismo como en el último año. Para bien y para mal. La palabra está en las redes sociales, en los debates de radio y televisión, en las columnas de opinión de periodistas y colaboradores de prensa, en las entrevistas a personajes diversos, hasta en los escenarios de las estrellas musicales, como en la pasada gira de Beyoncé, en una de cuyas canciones aparecía en las pantallas, en letras gigantescas, I AM FEMINIST. Si hasta hace poco las mujeres célebres tenían cierto reparo, e incluso reticencias, a declararse feministas, en los últimos meses no hay una figura pública que declare no serlo. ¿Está el feminismo de moda? ¿Se ha convertido en una tendencia que dejará de estar de actualidad el año que viene? ¿Qué significa en el 2018 ser feminista? ¿Qué está ocurriendo con el feminismo?

Gracias a la invitación de la revista *Paradigma*, voy a intentar hacer una breve reflexión en torno a estas cuestiones, en la seguridad de que no voy a poder responder a todas ellas, pues como dice Judith Butler en su obra *Deshacer el género* (2004) hay momentos —y este es uno de esos— en los que hay más preguntas que respuestas.

Cada generación cree que descubre los diferentes fenómenos por primera vez, y es de entender, pero yo soy de la opinión

de que hay que situar el feminismo actual en un proceso histórico que comienza en el siglo XVIII, con pioneras tan célebres como Mary Wollstonecraft, y su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), las sufragistas y las posteriores voces que reclamaban los derechos de las mujeres, que no hicieron más que amplificarse y extenderse por numerosos países. La reclamación del derecho al voto, y los siguientes que le siguieron, propició al mismo tiempo la reflexión intelectual, tan necesaria para dar legitimidad a un movimiento y comprender el problema que lo origina. El hito de *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir (1949) primero, y *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan (1963) después, analizan teóricamente la subordinación de las mujeres, a las que seguirán una serie de obras que irán completando, desde posturas y ópticas diversas, las bases en las que se fundamenta el feminismo, cuyo objetivo no es otro que reconocer, analizar, comprender y superar la desigualdad existente entre hombres y las mujeres a lo largo de la historia. No reproduzco, por prolija, la larga lista de obras de referencia que han ido jalonando la historia del feminismo desde entonces.

Yo me declaro heredera de este pensamiento, y me defino como una feminista clásica de la segunda (o tercera) ola, según cómo se cuenten las diferentes oleadas de feminismo. Desde los años ochenta, en

que eclosiona el feminismo en España, pero también en otros países, han pasado casi cuarenta años y como es lógico se han producido cambios importantes, tanto legales, como sociales y culturales. El feminismo no podía quedar al margen de estos cambios, por lo que es necesario analizar dónde nos encontramos hoy, cuáles han sido los cambios más importantes que se han producido, cuáles los retos que se deberían afrontar, los debates fundamentales que no se deberían eludir, y la manera de romper los lastres que nos impiden seguir avanzando.

Letargo y vivacidad del feminismo

Una vez recuperada la democracia en España, el feminismo, como la mayor parte de los movimientos sociales, se aletarga: hay que construir muchas cosas, hay que elaborar muchas leyes, hay que ponerse al día. Las instituciones (Institutos de la Mujer y otras entidades) toman el relevo y empiezan a dar respuestas a las demandas sociales que se habían ido planteando: leyes de divorcio, de aborto, derechos laborales, ley contra la violencia, etc. Las mujeres acceden en masa a las universidades, se incorporan al mundo laboral, adquieren los derechos formales de igualdad. El feminismo pierde fuelle en las calles porque las instituciones han tomado el relevo... hasta que empieza a evidenciarse, parafraseando a Tancredi en *El Gatopardo*, que lo que ocurre es «que todo cambia para que todo siga igual». Es decir, pese a la modernización de nuestro marco legislativo, el reconocimiento de derechos y la equiparación entre hombres y mujeres, la desigualdad entre unos y otras sigue intacta, y lo que es peor, al evidente avance de los derechos de las mujeres (al principio apoyado o incluso alentado por muchos varones) sucede una resistencia soterrada o manifiesta que tiene su punto álgido en la actual reacción contra el feminismo que circula sobre todo a través de las redes sociales, pero también en columnas, debates y otros productos mediáticos.

Ha sido la constatación de que los avances legislativos no siempre van acompañados de los cambios sociales necesarios lo que ha hecho emerger la actual vivacidad del feminismo. Cuando las generaciones de mujeres jóvenes (las que tienen entre 20 y 40 años) se han percatado de que siguen teniendo los mismos, parecidos o incluso más problemas que sus madres o abuelas: siguen encargándose mayoritariamente de los trabajos de cuidado, siguen dedicando más tiempo a las tareas domésticas, ganan menos, están más preparadas académicamente pero tienen menos posibilidades de promoción, tener hijos puede significar perder el empleo, o dificultades para encontrarlo, los horarios siguen imposibilitando la conciliación familiar, la pobreza se feminiza en todo el mundo, a la vez que surgen nuevos desafíos, como la gestación subrogada; la industria de la moda y la belleza se sostiene a base de fomentar la insatisfacción femenina, los patrones estéticos impulsan a mantener la juventud a toda costa, la violencia contra las mujeres se intensifica a la vez que, con demasiada frecuencia, se las sigue responsabilizando de su existencia, entre otros muchos temas. En definitiva, la eclosión del feminismo actual es lógica en la medida en que los cambios que se han producido en la sociedad han sido sobre todo debidos a los esfuerzos realizados por las mujeres, no porque las estructuras políticas, sociales o económicas se hayan transformado. Las mujeres tienen la sensación de que cada vez se les pide más, tienen que hacer más pero cada vez obtienen menos.

Nuevos desafíos

A todo esto, en el aspecto teórico, pero también en el práctico, han aparecido nuevos colectivos, nuevos problemas, nuevas interpretaciones. Creo que hay tres grandes ejes temáticos que afectan al feminismo y que habría que discutir.

Por lo que respecta a las elaboraciones teóricas, la más importante es la irrupción

y popularización del concepto *género*, que está obligando a replantear la tradicional división sexual binaria y que sin duda plantea algunos interrogantes sobre cómo articular el feminismo —cuyo tradicional sujeto político son las mujeres— con la aparición de una teoría *queer* que cuestiona el binarismo y cuyos postulados podrían llevar a la desaparición de la noción de *mujer* (también la de *hombre*, en consecuencia), al ser el género una construcción performativa, una repetición de normas impuestas que de la misma manera que se construye, se puede deconstruir, y por tanto *elegir*. Llevado al extremo podría representar que dejaría de haber mujeres y hombres, en una proliferación de géneros e identidades múltiples, individualidades aisladas que colisionaría en principio con la idea de comunidad de intereses que ha dado solidez al movimiento feminista. ¿Siguen siendo las mujeres el sujeto político que debe impulsar la lucha feminista o hay otros sujetos políticos que han tomado el relevo? Y si es así ¿este nuevo sujeto político es representativo de todas las personas que hasta ahora tenían *aspecto femenino* y ocupaban una posición social subordinada precisamente por esta apariencia? ¿Es irrelevante la división sexual entre machos y hembras y su posterior conversión en hombres y mujeres? ¿Volveremos a aquello de que no importa si se es hombre o mujer porque todos somos personas? ¿Será verdad que como defienden las feministas de la diferencia el patriarcado ha desaparecido, y no por casualidad? (1996)

De todas formas, los cambios sociales son mucho más lentos de lo que algunas propuestas utópicas (o distópicas) presagian, y a mi me parece que hasta que los 7.500 millones de seres humanos que poblamos el mundo devengamos los *cyborgs* que vaticinó Donna Haraway (1984), aún faltan unos pocos años, igual que para que se disuelva el binarismo dominante y el mundo se llene de individuos con identidades de género flotantes (ni hombres, ni mujeres, sino todo lo contrario) cada cual según su elección, dependiendo del humor con que nos levantemos.

No hay espacio para profundizar en este tema, pero es sin duda uno de los aspectos que el feminismo debería debatir para clarificar posturas, ya que actualmente se empieza a encontrar con algunos problemas prácticos: ¿en las fiestas, charlas y encuentros entre feministas —que tradicionalmente eran espacios de mujeres— se aceptará a aquellos que se identifiquen como *trans*? ¿Habrán personas de aspecto masculino, otras de aspecto femenino, y otras con aspecto híbrido reunidas bajo la misma lucha? ¿Y cuál es el sujeto político que debe liderarla?

Otro tanto puede decirse del colectivo LGTBQ+, que va sumando letras detrás de las cuales subyacen problemáticas distintas. Claro que todas las personas que forman parte del colectivo tienen más presencia, fuerza y visibilidad juntas, pero ¿comparten objetivos similares? ¿Tienen los mismos intereses? A mi me parece que no, y mantener problemas diversos tras la ristra de letras creo que lo que hace es invisibilizar las *diferentes particularidades* que se ocultan tras ellas. Está muy bien poder hacer una manifestación unitaria el 17 de mayo o el 28 de junio, pero ¿no convendría debatir qué une y qué separa a todas las personas que se identifican con este colectivo tan heterogéneo? Y, por otra parte, si la contradicción principal para el feminismo era la desigualdad y la subordinación de las mujeres ¿cómo se puede articular la lucha feminista con la lucha del colectivo LGTBQ+? ¿Qué tienen en común ambos movimientos y en qué discrepan? Creo que no nos debería dar miedo abordar todas estas cuestiones que parece que están resueltas, pero que distan mucho de estarlo.

78

Feminismo, ¿uno o muchos?

El segundo bloque temático importante es la aparición de nuevas corrientes de feminismo que vienen a hacer más compleja, si cabe, la inicial división entre feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia. Partiendo del concepto

inicial de feminismo, se han ido añadiendo apellidos tales como feminismo decolonial, feminismo islámico, feminismo antiimperialista, feminismo negro, etc. Sería necesario clarificar si nos encontramos ante diferentes interpretaciones del feminismo, o si realmente estos diferentes feminismos proponen teorías excluyentes entre sí. El reparo fundamental que se hace al feminismo inicial es el de ser un feminismo burgués, blanco, exclusivo de mujeres europeas, de clase media y que no reconoce las diferencias culturales y las desigualdades específicas de las mujeres de otros contextos culturales. Nadie tiene la patente del feminismo, eso es indudable, pero en mi opinión, la atomización del feminismo es un error, pues el efecto es el de dividir y debilitar la lucha colectiva, ya que cada grupo puede enzarzarse en discusiones sobre qué feminismo tiene más legitimidad, cuando en mi opinión no hay diferentes feminismos, sino que en cada contexto cultural adopta unas características diferentes para afrontar problemas diferentes. Naturalmente no son los mismos problemas los que tienen las mujeres negras, latinas, musulmanas o asiáticas, pero en todas ellas es común la desigualdad con respecto a los hombres de sus respectivas comunidades, y también entre las mismas mujeres... ¿o es que no hay mujeres negras ricas, latinas o islámicas? ¿No tienen que encarar estos otros feminismos las mismas contradicciones que el feminismo *blanco*? Personalmente creo que tanta legitimidad tiene el feminismo blanco para plantear su lucha como las otras corrientes del feminismo, y que atribuir superioridad moral a unas corrientes en detrimento de otras es laminar la capacidad emancipadora del feminismo en su conjunto. Si proliferan tantas interpretaciones del feminismo, a veces excluyentes entre sí ¿no acabaremos por desactivar su capacidad transformadora al hacerlo irrelevante? ¿Si se atomiza en tantas tendencias no estaremos reduciendo su capacidad para incidir en los cambios políticos que hacen falta para luchar contra la desigualdad? ¿Es necesario que cada tribu luche por su

79

«Es decir, pese a la modernización de nuestro marco legislativo, el reconocimiento de derechos y la equiparación entre hombres y mujeres, la desigualdad entre unos y otras sigue intacta, y lo que es peor, al evidente avance de los derechos de las mujeres (al principio apoyado o incluso alentado por muchos varones) sucede una resistencia soterrada o manifiesta que tiene su punto álgido en la actual reacción contra el feminismo que circula sobre todo a través de las redes sociales, pero también en columnas, debates y otros productos mediáticos.»

cuenta, o que aúnen esfuerzos para conseguir objetivos comunes estableciendo alianzas y pactos para aquellos en que difieran?

Y el tercer bloque temático importante que se debería encarar es la división que en el feminismo ha producido la férrea oleada de neoliberalismo que atravesamos, que ha logrado reducir la mayor parte de los problemas colectivos a *elecciones individuales*. La noción de libre elección puede aplicarse a casi todos los ámbitos de la vida: la maternidad es una elección, la prostitución es otra, dedicarse al trabajo doméstico o al retribuido es otra elección, elegimos compartir el poder o quedarnos en casa, es una elección gestar una criatura para entregarla a otras personas que han decidido procrear por persona interpuesta, y así hasta el infinito. Parece ser que vivimos en una sociedad que nos permite elegir lo que queremos, y por tanto somos responsables de nuestras elecciones. Desde este punto de vista, embarcarse en una patera para cruzar el

«El reparo fundamental que se hace al feminismo inicial es el de ser un feminismo burgués, blanco, exclusivo de mujeres europeas, de clase media y que no reconoce las diferencias culturales y las desigualdades específicas de las mujeres de otros contextos culturales.»

Mediterráneo hacia Europa también es una elección, ya que nadie obliga con una pistola a nadie a emprender tan incierta travesía, pero ¿es una elección? Igual que lo debe ser estar 12 horas en una carretera a la espera de clientes. ¡Qué elección!

Si bien se entiende que esta postura sea el estandarte ideológico del individualismo a ultranza —el sujeto es un ente libre y autónomo capaz de tomar sus propias decisiones— sorprende que parte de la izquierda y dentro de ella un sector del feminismo lo haya adoptado como una actitud progresista y emancipadora, hasta el punto de convertir en conservadoras, puritanas y paternalistas a todas aquellas reacias a aceptar los presupuestos de la libre elección. ¿Si yo me quiero prostituir, quien es nadie para decirme lo que tengo que hacer? Si quiero alquilar mi útero para dar satisfacción al deseo de una pareja que me paga para que incube su criatura, ¿Quién tiene autoridad para que no lo haga? Si quiero ir por la calle con un *burka* como si quiero ir desnuda, ¿por qué tengo que dar explicaciones? Si quiero vender un riñón para comprarme una casa ¿por qué alguien me tiene que autorizar? Si me quiero tirar desde un quinto piso ¿Quién me lo puede impedir? Y así podríamos seguir hasta el infinito convirtiendo el mito de la libre elección en el santo y seña de cualquier decisión, muchas de las cuales lejos de ser *libres* vienen impuestas por los condicionantes de todo tipo a los que estamos sometidos: pobreza, exclusión, desesperación, presión social, ausencia de futuro, etc.

El neoliberalismo, unido al feroz individualismo de nuestras sociedades, al reducir los problemas colectivos a simples *decisiones personales* debilita los esfuerzos de los movimientos sociales, frena las luchas por los derechos humanos tan arduamente conseguidos, dispersa y atomiza los grupos hasta hacerlos irrelevantes, contrarresta la posibilidad de incidir en las instancias de poder, etc. Si todo lo reducimos a un «yo, mi, me conmigo» estamos haciendo un flaco favor a todas las mujeres que antes que nosotras empezaron a reclamar la condición de individuo, y más aún a todas aquellas que en muchas zonas del planeta aún no han conseguido tal reconocimiento. Y en lugar de un Nosotras que el feminismo había logrado construir, todo queda subsumido en un falso pero omnipotente Yo. Reducir los problemas sociales a cuestiones personales que se resuelven con la voluntad individual es la manera más eficaz de desactivarlos, pues entonces no hay que darle una solución colectiva, que por definición es lo que caracteriza a un problema social.

Eso sin entrar a debatir que no todo lo que es *posible* hacer es *deseable* que se haga. Hay que calibrar los bienes deseables que una actividad cualquiera puede aportar a la humanidad y los costos indeseables que implementar tal actividad puede representar.

Soy consciente de que nada de lo dicho anteriormente es original, y que hay muchas aportaciones teóricas y reflexiones de

intelectuales que lo han expresado con mayor rigor y profundidad, cuyas citas no reproduzco porque se me ha pedido un texto de opinión y no un ensayo académico. Pero esta es mi reflexión y las preguntas que formulo desde la humildad y la honestidad. Ni deseo atacar a nadie, ni está escrito contra persona o colectivo alguno por más que defienda una postura discrepante con la aquí expuesta. Me limito a aportar algunos elementos que creo se deberían debatir para que el feminismo internacionalista en el que creo no se estanque y pierda el espíritu crítico y la potencia que lo ha caracterizado desde sus inicios.

Como dijo Simone de Beauvoir, «el feminismo es una forma de vivir individualmente y de luchar colectivamente», y sin renunciar a ninguno hay que aunar ambos factores para que las mujeres de todo el mundo sigan avanzando hasta eliminar por completo la desigualdad que, ingenuas de nosotras, pensábamos que en el siglo XXI ya no iban a tener lugar.

El feminismo parece que está viviendo un momento especialmente dulce, pero a ver si de tanto éxito acaba feneciendo ante la atomización, la dispersión y la indefinición de lo que hasta ahora llamábamos feminismo. Si existen tantos feminismos como mujeres, el resultado final es que quizá no haya ningún feminismo. Quizá muchos se alegren de ello. —

Referencias:

Beauvoir, Simone: *El segundo sexo* (1977) Buenos Aires, Editorial Siglo XX

Butler, Judith: *El género en disputa* (1990) Barcelona, Paidós

Deshacer el género, (2004) Barcelona, Paidós

Friedan, Betty, *La mística de la feminidad* (1965) Barcelona, Ediciones Sagitario

Haraway, Donna, *Ciencia, Cyborgs y mujeres* (1991) Ediciones Cátedra

Sottosopra/Librería Mujeres de Milán, «(Ha ocurrido, y no por casualidad) El fin del patriarcado», Revista El Viejo Topo, número 916 mayo 1996.

Wollstonecraft, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer* (2014) Barcelona, Radom House.